

BX903

113

v.2

Queda asegurada la  
propiedad por

LOS EDITORES.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

MÉXICO.—Talleres de la Librería Religiosa, Tiburcio, 18.

PARTE TERCERA



007403



## SEGUNDA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

### COMBATIR

Hemos dicho que *amar* es la primera y principal obligación de la religiosa, pues, como dice santo Tomás, *el fin del estado religioso es la perfección del amor.*

*Amar*, hemos dicho también, *es darse enteramente á Dios, y á Dios solo* en primer lugar; y después *darse al prójimo*, pero siempre según la voluntad de Dios y en la medida que Dios quiere.

*Amar* es aspirar constantemente á unir la voluntad propia con la de Dios para ser en la tierra su sierva fiel y generosa, dispuesta siempre á querer, sin vacilación ninguna, todo lo que Dios quiere; á recibir con resignación y aun con alegría todo lo que El permite; á hacer con gusto todo lo que El manda, ya directamente, ya por medio de los superiores, á fin de rendir homenaje á su poder soberano, á su infinita sabiduría y á su inmensa bondad, y

proporcionarle por este medio toda la gloria que una criatura humana puede proporcionar.

Este amor, que voluntaria y afectuosamente nos pone bajo la dependencia de Dios, les es fácil á los ángeles del cielo y á los santos que están ya gozando en la gloria; érale también fácil á la Santísima Virgen cuando vivía en la tierra; pero, ¡cuán difícil nos es á nosotros!

«Este amor, dice Mons. Gay, tiene muchos y poderosos enemigos, coligados entre sí, y todos implacables: *Satanás, el mundo, la carne, el pecado*, bajo todos los nombres, bajo sus mil formas, con sus formidables fuerzas. Todo esto, cualquiera que sea la apariencia con que se cubra, en realidad es el odio, la contradicción activa al amor. Más ó menos, siempre el amor lo encuentra al paso en este mundo, y es menester que lo arroje de todas partes.»

El odio, es decir, el demonio, puesto que el demonio es el sér que *no ama*, procura incesantemente detener, paralizar, desviar la tendencia que nos lleva á Dios; y esto lo hace con todos los que hemos recibido la gracia del bautismo, pero muy en particular con los que tantas veces hemos unido nuestra carne con la carne de Jesucristo, que es todo amor, y que después de todo, aspiramos ardientemente á unirnos con El en el cielo. Indudablemente, el demonio multiplica los *obstáculos* á nuestro paso.

Hace surgir obstáculos de nuestra naturaleza, corrompida por el pecado original, que nos ha hecho en gran manera *egoistas*. Los hace surgir de todas las criaturas, aun de las más

santas, haciendo que sintamos hacia ellas, ó *simpatías* capaces de manchar nuestro corazón, ó *antipatías* que nos alejan del prójimo y, por consiguiente, de Dios.

Para *amar*, es decir, *para darse á Dios y al prójimo* en atención á Dios y *por amor de Dios, es preciso combatir, y combatir sin descanso*.

El objeto de la vida es *el amor de Dios*: siendo, como es, la vida un movimiento continuo hacia este objeto, y estando el camino que conduce á este objeto lleno de obstáculos, preciso es que toda la actividad de nuestro sér se dirija á superarlos y vencerlos luchando seria y valerosamente; de donde se sigue que *para hacer un santo se necesita, sobre todo, mucha fuerza y valor*.

*Combatir* es, pues, la segunda obligación de la religiosa, y limitándonos á lo que especialmente le concierne, expondremos:

- 1.º *La necesidad de combatir.*
- 2.º *La manera de combatir.*
- 3.º *Los enemigos con quienes hay que combatir.*



## CAPÍTULO PRIMERO

### NECESIDAD DE COMBATIR

Todos tenemos necesidad de combatir: *la vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha* (Job, VII, 1). El que no combate merece el vergonzoso nombre de cobarde, y tarde ó temprano viene á ser esclavo del pecado, es decir, del más tiránico y odioso de los amos.

Indicaremos:

- 1.º *La necesidad que de combatir tienen todos los hombres en general.*
- 2.º *La necesidad que tienen de combatir las religiosas en particular.*

#### I

Necesidad que tienen de combatir todos los hombres en general.

Esta necesidad procede:

- 1.º *Del estado miserable en que por el pecado se halla nuestra naturaleza.*

Dios había criado al hombre *recto*, y gracias á esta rectitud, el *entendimiento*, que no estaba obscurecido por ningún error, conocía todo lo que necesitaba conocer; *la voluntad* no estaba corrompida por ningún mal deseo, y amaba lo que debía amar, y seguía sin trabajo ni repugnancia las luces de la verdad; *los sentidos* no tenían movimiento alguno que no dependiera absolutamente de la voluntad, y, por consiguiente, no experimentaban rebeldías ni eran solicitados por ninguna pasión. En este estado, el hombre hubiera naturalmente amado á Dios, y, en unión con Dios y según la orden de Dios, hubiera amado á todas las criaturas. Es indudable que aun en ese estado podía ser inducido al mal, como lo fueron Adán y Eva; pero un simple esfuerzo de la voluntad hubiera bastado para alejar la tentación.

El pecado vino á trastornar este orden, y desde entonces *el entendimiento* del hombre, obscurecido y privado de la mayor parte de las luces que tenía, *debe luchar* para conocer la verdad. *Su voluntad*, enredada en el amor desordenado á las criaturas, convertida en esclava de la concupiscencia que la induce al mal casi á pesar suyo, *debe luchar* para mantenerse sumisa á las leyes de Dios. *Sus sentidos*, sobrecitados por la imaginación y por las pasiones sublevadas contra la razón, *deben luchar* para conservarse dignos y puros.

No hay duda que el bautismo ha hecho desaparecer la maldición que el pecado atrajo sobre nosotros; pero Dios, ya para abatir nuestro orgullo, ya para ejercitarnos en la virtud, ya

para mantenernos en continua dependencia de la gracia, ha querido que nos quedara *una raíz de corrupción, una inclinación al pecado, un enemigo* con el cual luchemos incesantemente, enemigo temible y cruel que hacía exclamar á san Pablo con profundo sentimiento de humillación: «¡Oh! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom., VII, 24.) ¡Quién me sacará de esta vergonzosa servidumbre para devolverme la apetecida libertad por que suspiro! *No hago el bien que quiero, y hago el mal que no quiero.*» (Rom., VII, 19.)

Lo que san Pablo sentía, todos lo sentimos más ó menos, puesto que, como él, todos tenemos que combatir contra esa rebelión interior que tanto nos humilla. *Los hombres bautizados, dice el Concilio de Trento, conservan todavía un foco de concupiscencia contra el cual deben luchar sin tregua, lo cual es para ellos un manantial de favores si resisten valerosamente con la gracia de Jesucristo. Nadie será coronado sino después de haber combatido generosamente.* (Ses. v, can. 5.)

Esta necesidad de combatir proviene:

2.º *De la multitud de enemigos que nos asedian, y cuyo único objeto es con respecto al cuerpo destruirlo, y con respecto al alma apartarla de su fin último, que es la unión con Dios.*

Exteriormente estamos rodeados de enemigos, y llenos de enemigos interiormente.

I. Veamos en cuanto *al cuerpo.*

*Exteriormente* lo son el frío, el calor, las emanaciones deletéreas que de todas partes se desprenden, los miasmas esparcidos en el aire,

*Interiormente* el hambre, la sed, las enfermedades que nacen de la sangre.....

Si no nos prevenimos, si no luchamos todos los días y casi en todos los instantes, si no reparamos las pérdidas que estos enemigos nos causan, experimentamos poco á poco un desfallecimiento general, luego un verdadero malestar, después el dolor, más tarde la inercia y, por fin, la muerte.

II. Veamos en cuanto *al alma.*

*Exteriormente:* San Pablo nos dice que si los espíritus malos que trabajan por inducirnos al mal tuvieran cuerpo, interceptarían los rayos del sol; ¡en tanto número están esparcidos por los aires!

Toda criatura, á consecuencia del pecado original que pesa sobre cada una de ellas como sobre nosotros, si no es un *enemigo declarado* de nuestra alma, es por lo menos un *peligro*, y puede, por efecto de nuestra concupiscencia, inducirnos al pecado.

*La belleza que encanta, el calor que reanima, el fruto que alimenta, el vestido que cubre,* pueden ser para nuestra alma ocasión de pecado.

*Interiormente:* Tenemos el triple germen que san Juan indica con el nombre de *concupiscencia*, y del cual hemos hablado: la de los ojos, *la avaricia*; la de la carne, *la sensualidad*; la del espíritu, *el orgullo*, que es un enemigo permanente y tanto más terrible cuanto que se muestra suave, simpático y en cierta manera *necesario.*

Si no tomamos precauciones, si no luchamos todos los días y todos los instantes, si no reparamos las pérdidas que estos enemigos nos cau-

san, sentimos que poco á poco disminuyen las fuerzas de nuestra alma, su inocencia se empaña y se pierde, el mal se apodera de ella, la penetra y la reduce al estado de muerte.

¿Os habéis fijado alguna vez en un cadáver abandonado en el suelo?

Multitud de insectos, que no se sabe de dónde vienen, le invaden *por fuera* y le van devorando lentamente.

Otros insectos acaban *por dentro*, silenciosamente, aquella obra de destrucción.

Tal es la imagen del alma que no combate.

Los insectos destructores que roen el cadáver se llaman aquí *las pasiones*, á las cuales damos el nombre más dulce, aunque no menos enérgico, de *inclinaciones*.

La *inclinación* es la fuerza que nos empuja hacia lo que nos agrada ó nos lisonjea, mostrándonoslo como necesario para nuestro bienestar y aun para nuestra vida.

Estas inclinaciones *están en nosotros* y *con nosotros*; son instintivas y tienen un poder que va creciendo á medida que las dejamos dominar, y poco á poco se apoderan enteramente de nuestro sér, de tal manera que nos hacen semejantes á los animales.

Los animales no obran sino según sus *inclinaciones*.

El hombre tiene *la razón* para contenerlas, dominarlas, subyugarlas; pero la razón quedó muy débil después del pecado, y sin el auxilio del socorro divino pronto será impotente, y el hombre se verá arrastrado y dominado por sus sentidos.

## II

## Necesidad que tiene de combatir la religiosa en particular.

Esta necesidad la tiene la religiosa, sin duda alguna, lo mismo que cualquier cristiano; las mismas razones la obligan á combatir obrando contra su propia sensualidad y contra los atractivos de las criaturas, que tienden á alejarla de Dios; pero su condición de *religiosa* la empeña más tenazmente en este combate, porque *su vocación la obliga á un amor de Dios que exige mayor desprendimiento de sí misma*, y además, porque *el demonio, que le tiene un odio especial, redobla sus esfuerzos, sus tentaciones y sugerencias para hacerla sucumbir*.

Tiene el demonio *odio á Dios*, y este odio se manifiesta particularmente contra todo lo que de un modo especial es de Dios.

I. El pecado cometido por una religiosa, si no es directamente contra los votos, puede no ser en sí más grave que el pecado cometido por una persona seglar, pero *tiene algo que ofende más á Dios, y puede tener en la sociedad cristiana una influencia irreparable*.

Si se trata de un pecado *mortal*, va precedido de mayor conocimiento, que le imprime un carácter especial *de rebeldía*; va acompañado de más negra ingratitud, que le comunica un carácter *más intenso de malicia*; le sigue más justo resentimiento por parte de Jesucristo, que tenía derecho á esperar más

afecto, más respeto y más obediencia; puede ser causa de un gran escándalo, de que se entibie la fe, de que triunfen los malos; puede multiplicar las ruinas á su alrededor.

He aquí por qué el demonio se encarniza contra las almas consagradas á Dios, y las tienta con más frecuencia, más delicada y obstinadamente que á los demás. Cada vez que puede inducir las á cometer un pecado mortal consigue un triunfo, y en alguna manera parece que desafía á Dios, á quien puede decir: *¡A pesar de todo lo que has hecho por esta alma, me prefiere á ti!*

II. Y aunque, gracias á Dios, rara vez consigue el demonio que una religiosa cometa un *pecado mortal*, no deja de *tentarla violentamente*, teniendo por objeto:

1.º *Hacerle dificultosa la práctica de la virtud*, y el yugo de Jesucristo pesado, abrumador, é insoportable; inducir la á echar de menos la vida más tranquila que pasaba en el seno de su familia, y, cuando menos, hacerle perder el tiempo. «Cuando el demonio, dice san Francisco de Sales, advierte que un alma se le escapa, se contenta con molestarla, fastidiarla, aburrirla con tentaciones y hacerle perder el tiempo.»

2.º *Impedirle orar* é inclinarla á descuidar sus ejercicios piadosos. Para orar se necesitan *la calma y la paz del alma*; y cuando nos sentimos agitados por la tentación, cuando dudamos si hemos ofendido á Dios, la oración se nos hace difícil, no nos atrevemos á ir á Dios, padecemos en los ejercicios de piedad, los aban-

donamos, y con esto cegamos completamente la fuente de las gracias.

3.º *Apartarla de la santa Comunión*. La religiosa tentada, incierta sobre el consentimiento que pudo dar á la tentación, se turba, se inquieta, se desalienta, no se atreve á acercarse á Jesucristo y se aleja de la sagrada mesa. El demonio, que comprende las gracias inmensas de que se priva el alma con esta turbación, queda triunfante. Particularmente cuando se trata de una religiosa, se puede decir muy bien: *No puede calcularse el efecto que produce en el alma una Comunión de menos.*

4.º *Malear su carácter*. Cuando la tentación se multiplica y llega á ser incesante, turba, fastidia, irrita, entristece é inquieta; entonces el trabajo se hace con dificultad, una simple palabra causa enfado, fáltase á la caridad y se destruye el espíritu religioso.

5.º *Falsear y corromper su conciencia, abismándola en la perplejidad y en los escrúpulos*. El escrúpulo es un estado terrible: extravía el juicio, aleja de los Sacramentos, extingue la alegría, destruye la paz, turba la razón, y á veces acaba por conducir á la locura ó al libertinaje. Y como precisamente esto es lo que intenta el demonio con las almas débiles, las persuade de que en todo hay pecado, les hace mirar el escrúpulo como una virtud, á la cual llama *delicadeza de conciencia*, les seca el corazón, las aleja de la confesión y de la comunión por temor de hacerlo mal, y poco á poco se apodera de ellas por completo.

6.º *Alterar sus fuerzas, arruinar su salud*

y hacerlas inútiles á la comunidad. Sin duda es éste un efecto *lento*, pero *seguro*, de la tensión continua del espíritu, de los remordimientos de conciencia, de los temores exagerados de ofender á Dios. Piérdese el apetito, piérdese el sueño, piérdese la alegría, llegando á ser la persona escrupulosa pesada carga para sí misma y para todos los demás.

III. ¿Comprendéis ahora por qué se nos recomienda tanto *el combate espiritual*?

1.º Nos lo recomienda en primer lugar Jesucristo, el cual, viendo la necesidad de este combate, nos exhorta á la lucha, *asegurando que no se dará el cielo sino al que haya gloriosamente vencido*. Nos manda *velar y orar para no sucumbir*.

Pide á los que quieren seguirle *que se renuncien á sí mismos*. Nos encarga por medio de los Apóstoles *que resistamos al demonio con energía, y que no le demos entrada en el alma; que no vivamos según la carne para que no muramos; que nos revistamos con todas las armas de Dios para defendernos de los ataques del demonio*.

2.º Nos lo recomiendan los santos, á los cuales había enseñado la experiencia que es preciso estar siempre en guardia para no ser sorprendidos, dominados, humillados, vencidos. *El alma debe dominar al cuerpo*, dice san Ligorio resumiendo la doctrina de los Padres, *de lo contrario, el cuerpo pondrá al alma bajo sus pies. Debemos tratar nuestro cuerpo como el jinete trata á un caballo fogoso, tirándole siempre de la brida para que no le arroje al*

suelo. *Luchad*, dice san Francisco de Sales; *¿para qué sirven los corazones medio muertos?*

¿Comprendéis ahora, almas consagradas á Dios, y de las cuales Dios quiere servirse de una manera especial para hacerse conocer, servir y amar, comprendéis por qué la Iglesia ha multiplicado, dentro del recinto de los sagrados muros que del mundo os separan, las precauciones que deben sustraeros á la influencia del demonio? *Alejamiento del mundo, de su sociedad, de sus placeres, de sus noticias; regla que no deja ni un momento del día ni á la ociosidad ni al capricho; abundancia de todo lo que conduce á Dios, acerca á Dios, vuelve á Dios; oraciones, Sacramentos, lecturas piadosas, exhortaciones, consejos amistosos, dirección maternal, retiros generales y particulares; conocimiento más amplio de vuestras obligaciones, que llegan á seros tanto más queridas cuanto mejor conocéis la sabiduría que encierran*.

Leed, pues, con gusto y con ánimo resuelto las páginas de este libro, que os ayudarán á conocer los asaltos del demonio, á tomar precauciones contra ellos y á rechazarlos con energía y denuedo.

## CAPÍTULO II

### MANERA DE COMBATIR

No os asuste la palabra *combate*, pues el combate no es para vosotras *la agitación, el tumulto, el temor continuo*, sino *la resistencia tranquila, confiada, constante*,